

JACINTO BENAVENTE

UNA POBRE MUJER

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro de la Princesa en la noche del 3 de abril
de 1920.



2

Administración de las obras teatrales

de JACINTO BENAVENTE

Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.

1920

UNA POBRE MUJER

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE

UNA POBRE MUJER

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro de la Princesa en la noche del 3 de abril
de 1920.



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

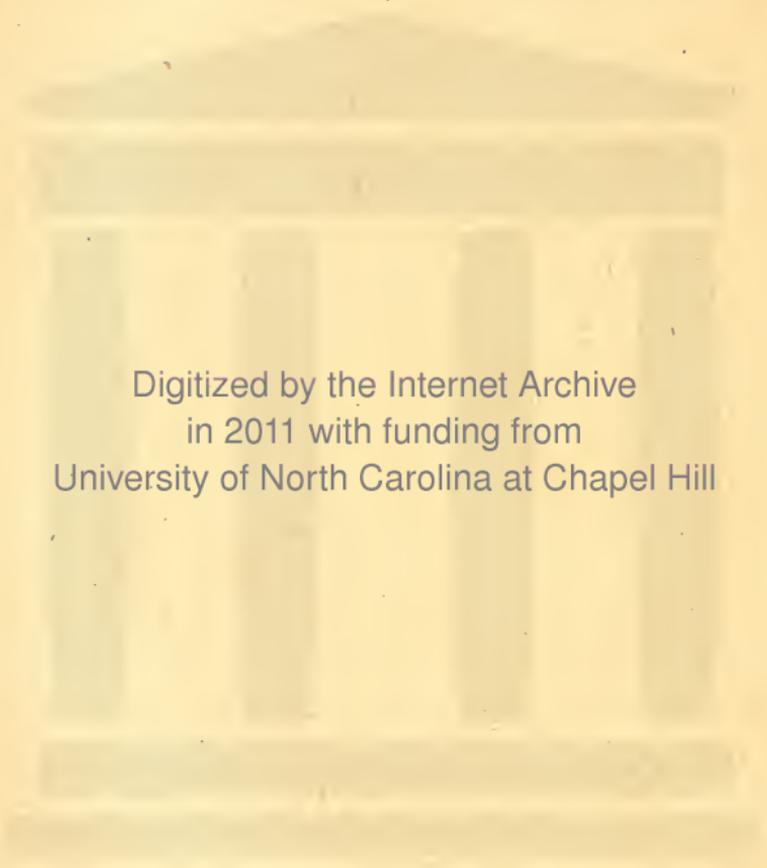
1920

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

FERMINA.....	SRA. GUERRERO.
CARMEN.....	» DÍAZ DE ARTIGAS.
LA SEÑORA.....	» SALVADOR.
SEÑORITA 1. ^a	SRTA. HERMOSA.
SEÑORITA 2. ^a	» GUERRERO LÓPEZ.
LA SEÑÁ JULIA.....	SRA. TORRES.
PETRA.....	SRTA. PACELLO.
VECINA 1. ^a	SRA. MILLANES.
VECINA 2. ^a	SRTA. TOLDOS.
VECINA 3. ^a	» FERNÁNDEZ.
VECINA 4. ^a	» PINO.
RICARDO.....	SR. GONZÁLEZ MARÍN.
EL SEÑOR.....	» JUSTE.
EL MÉDICO.....	» CIRERA.



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO

Gabinete en una casa modesta de clase media.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA, SEÑORITA 1.^a y SEÑORITA 2.^a

SEÑORA. ¡Dichosas criadas! ¡Dichoso servicio! Toda la mañana oyendo llorar a esa mujer.

SRTA. 1.^a ¿Pero no se ha ido todavía?

SRTA. 2.^a ¿Qué quiere? ¿Hacernos creer que no ha sido ella?

SEÑORA. ¿Y si no hubiera sido?

SRTA. 1.^a No te quepa duda.

SEÑORA. Sí, todo es para creerlo... Sisaba sin tino; se ha estado llevando el carbón, el azúcar, las patatas, el aceite; desde que entró en casa, el pedido de la tienda no ha llegado nunca a fin de mes. Un escándalo. Pero esto de ahora..., ya no sé qué pensar. Ella jura y perjura que no ha sido ella.

SRTA. 1.^a ¿Qué va a decir? También eres tonta.

SRTA. 2.^a La que es ladrona es ladrona de todo.

SEÑORA. Es que a mí no me cabe en la cabeza que se pueda fingir de esa manera... Lloro de un modo...

SRTA. 1.^a Pamemas; esa gente tiene las lágrimas en el bolsillo. Cuando papá echó de menos el alfiler, no estaba en casa nadie más que ella; y aunque hubiera estado la Petra, de Petra no tenemos motivos para sospechar.

SEÑORA. De ningún modo: en cuatro años que lleva en casa, no nos ha faltado un alfiler. Conocemos a su familia, que es una buena gente, honrada y

trabajadora; no como ésta, que no sabemos de dónde ha venido... Los informes del de la tienda, y que tenía cara de infeliz.

SRTA. 1.^a La cara del que quiere inspirar confianza.

SEÑORA. Y modosa y callada era, eso sí.

SRTA. 2.^a Naturalmente; para engañar mejor.

SEÑORA. Es que también yo pienso..., como vuestro padre es tan distraído, si se habrá dejado el alfiler en cualquier parte y no se acordará.

SRTA. 1.^a Pero si sabes que lo tuvo puesto toda la mañana y no salió de casa. Se lo quitó para mudarse de traje. Salió un momento del cuarto y cuando volvió ya no estaba el alfiler, y vió que la Fermina salía del gabinete muy atropellada. ¿A qué tenía ella que entrar en el gabinete?

SEÑORA. Eso es verdad. ¿A qué tenía ella que entrar en el gabinete? No, si yo estoy persuadida de que ha sido ella; pero la veo llorar y la oigo decir unas cosas, que aunque fuera una de piedra... El disgusto que yo tengo no lo vale ella ni treinta como ella. ¡Jesús, Jesús; calentura me ha dado!

SRTA. 1.^a Vaya, mamá, que no es para tanto.

SEÑORA. Es que vendrá otra y será peor. Si por algo yo no he querido tener nunca más que una muchacha...; con la Petra sólo estábamos tan ricamente; os empeñasteis en que trajera otra para la cocina, y ya estáis viendo...

SRTA. 2.^a La Petra sola no podía atender a todo; era una vergüenza que tuviéramos nosotras hasta que abrir la puerta.

SRTA. 1.^a Y que tú tuvieras que planchar la ropa muchas semanas.

SRTA. 2.^a Y que la Petra, para lo que menos sirve es para la cocina.

SRTA. 1.^a La mitad de los días nos dejaba sin comer. Ésta, en cambio, era muy dispuesta.

SEÑORA. La de siempre, hijas: la que sabe su obligación es una ladrona; la que es fiel no sabe hacer nada. Es un castigo...

ESCENA II

DICHAS y PETRA

- PETRA. Señora... ¿Da la señora su permiso?
- SEÑORA. ¿Qué hay, Petra?
- PETRA. La Fermína, que no quiere irse sin que la señora le mire el baúl.
- SEÑORA. ¡Qué tontería! Ahora voy yo a registrarle el baúl. Si se llevase algo iba a llevárselo en el baúl y a decirme que lo mirara. Que se vaya bendita de Dios cuanto antes; que no quiero ni verla. ¿Qué dice todavía?
- PETRA. Que no ha sido ella y que no ha sido ella, y llorar y llorar. No hay quien la saque de ahí. Mire la señora, yo ya empiezo a dudar. Más que yo la he dicho: Mira, mujer, que si ha sido una mala tentación, que todos podemos tener y nadie estamos libres, es mejor que lo digas y te declares, que ya ves que los señores no han de dar parte a la Justicia, ni ya puede sucederte más que perder la casa, y siquiera verían que estás arrepentida. Y ella, que no tiene que arrepentirse de nada, y que por la gloria de su madre, y que se quede muerta aquí mismo si ha sido ella...
- SRTA. 1.^a ¡Qué ordináriece!
- SEÑORA. Esos juramentos de palabrotas es lo que menos me convence. ¿Tú has preguntado en la tienda lo que te dije?
- PETRA. Sí, señora; ya me han enterado de todo. No está casada ni tiene que ver con ningún hombre. Lo que sí tiene es una hija; ya es una mujer, que ésa sí vive con un hombre.
- SEÑORA. Ya se ve; y a casa de la hija iría a parar todo lo que nos robaba; no podía ser otra cosa. Y el de la tienda lo sabía y no dijo nada; sí que es portarse...
- PETRA. Dice que él creyó siempre que era una buena mujer; que en otras casas se había portado muy bien, fuera de la sisa, que ya se sabe que no tiene importancia, y en muchas casas ni se enteran las señoras.
- SEÑORA. ¡Buenas estarán esas casas!...

PETRA. Y dice el de la tienda que ella le pidió por Dios que no dijera nada de que tenía una hija; porque cuando las señoras saben que las criadas tienen hijos no quieren tomarlas, por eso, porque saben que van a llevarse todo lo que puedan. Por un hijo se hacen muchas cosas que no se harían por nadie más en el mundo.

SEÑORA. Por esa consideración ha podido llevarse hasta los clavos o hemos podido amanecer degollados el mejor día. Y esa hija, por supuesto, será de contrabando...

PETRA. Una desgracia que tuvo de recién llegada a Madrid.

SEÑORA. Todo es desgracia; falta de conducta y poca vergüenza. Está bien; que se vaya y que no se moleste en mandar a pedir aquí informes. Vaya bendita de Dios, y que no vaya contando por ahí lo que ha sucedido como a ella se le antoje, para quedar en buen lugar. Sólo me faltaba saber lo de la hija y ese hombre que vive con ella, que sabe Dios qué clase de hombre será, para no tener duda de que ha sido ella.

ESCENA III

DICHAS Y FERMINA

FERMINA. Pues no, señora; no he sido yo, no he sido yo; aunque lo crean ustedes y lo creyera todo el mundo, y dijeran que lo habían visto. Y Dios lo sabe y la Virgen Santísima y mi madre que está en la gloria... Yo no soy una ladrona; no lo soy, y yo quiero que venga la Justicia y registren toda la casa y lo registren todo...

SEÑORA. Sí, es posible que ahora pareciera...

FERMINA. Puede que también se creyeran ustedes, si parecía, que era yo la que lo había dejado en cualquier parte. Eso es. De modo que ya no hay quien me quite esa tacha: ladrona pa toda mi vida...; y ¿qué informes darán ustedes de mí? Y como esto ha de saberse, ¿ánde me acomodo yo ahora? Y ¿qué será de mí? ¿Ande voy yo? Ladrona pa toda mi vida..., y no hay más que tendré que serlo. ¡Madre mía! ¡Virgen Santisi-

ma!... Era lo que me quedaba pasar; como si no tuviera pasado bastante toda mi vida.

SEÑORA. ¿Quiere usted callar?

FERMINA. Eso es, callar... Es ley de Dios que la acumulen a una lo que no ha sido, y que tenga una que callarse... No puedo callar; ya sé que no me sirve de nada; pero cien años había de vivir, y hasta la hora de la muerte estaría diciendo lo mismo. No he sido yo, no he sido yo, creánlo o no lo crean...

PETRA. Vamos, mujer...

FERMINA. Sí, ya me voy; pero es muy triste que ustedes se queden creyendo lo que no ha sido, y que una no pueda probar que está una bien inocente, y que Dios no haga un milagro pa que ustedes se convencieran, y que nadie sepa lo que yo estoy pasando; que si no fuera por lo que es, ya me hubiera tirao por un balcón cabeza abajo pa acabar de una vez; eso, pa acabar de una vez...; ya me voy, y ustedes perdonen, y así quiera Dios que algún día se convenzan ustedes que la Fermina no es una ladrona; no, no lo es...

SEÑORA. Mire usted, Fermina, prescindamos de esto de ahora. El alfiler ha desaparecido, pero nadie ha dicho que usted se lo haya llevado...

FERMINA. Sabré yo, sin decírmelo, que todos han pensado que no podía haber sido otra que yo...; y no es que yo diga que haya sido nadie, y ya sé que ustedes no podían pensar de ninguna otra más que de mí...

SEÑORA. Yo soy la primera en creer que mi marido puede haberlo perdido en cualquier parte...; que parecerá el mejor día; pero no es esto sólo, Fermina. Antes de esto, usted sabe que hemos pasado por muchas cosas. Y ya entró usted en la casa engañando. Dijo usted que no tenía familia, que no tenía usted a nadie, y ya sabemos que no es así, que tiene usted una hija.

FERMINA. Y qué más quisiera yo que no engañar a nadie y llevar siempre la verdad por delante ande quiera que fuese; que es no vivir cuando se sabe que tarde o temprano tié que saberse. Pero comprenda la señora que a las señoras no les parece bien que una tenga hijos, y si una lo dice, pues no encuentra una ande acomodarse, como no sea una casa de mala muerte, como ya me tiene sucedido, que es pasar el calvario. Sí, señora,

es verdad: tengo una hija; y crea la señora que más de cuatro cosas que la señora haya podido notar, no es que sea mi condición; y sabe la señora que no ha sido siempre. Es que en casa de mi hija ya falta todo, a más de estar ella enferma, que no puede trabajar, y su marido, que también lleva dos meses parado y con una niña de cuatro meses... Hágase usted cargo...

SEÑORA. Su hija de usted, ¿es casada?

FERMINA. Casada talmente, no señora; pero talmente como si lo estuviera, que va pa tres años que vive con un hombre.

SEÑORA. Para ustedes todo es lo mismo. ¿Y a usted le parece que ese modo de vivir es decente?

FERMINA. Ya lo sé, señora, ya lo sé; y si por mí fuera... Pero ¿qué iba yo a hacerle? Dichosos ustedes los señores, que pueden vivir como Dios manda.

SEÑORA. Todo el mundo puede vivir como Dios manda; eso no cuesta dinero.

FERMINA. ¡Ay!, sí, señora, que cuesta: que pa los pobres todo es caro... ¡Hay tantas cosas que no son pa uno!...

SEÑORA. Bien está. Y si usted tenía que atender a su hija, ¿por qué no decirlo? ¿Cree usted que no se la hubiera ayudado? Todo antes que esas rate-rías.

FERMINA. Tiene usted razón, sí, señora; pero si es que está una tan acobardada, tiene una miedo de contar lástimas, de pedir..., de todo... Ya sé que he hecho muy mal y que por unas cosas han podido ustedes creerse que es una capaz de otras peores. Y eso no, eso no; eso es lo que yo no quiero que ustedes se crean, que yo no soy una ladrona... ¡Ay madre! Cuándo acabará una, que muchas veces me pongo a cavilar y no hago más que decirme: ¿Pa qué quieres tú estar en el mundo, Fermina? ¿Pa qué quieres tú vivir?... Y me dejaría morir de hambre en un rincón o me quitaría de en medio de cualquier modo pa acabar de una vez, que no acabará una nunca...; y perdone la señora, que, aparte lo que ustedes se crean, yo nada malo puedo decir de la casa, que tampoco ustedes tien la culpa; es mi sino, que ande quiera que yo vaya tié que ir mi desgracia... Ustedes perdonen, y que yo no soy una ladrona...

SEÑORA. Vaya con Dios, mujer, vaya con Dios...

PETRA. Vamos, Fermina, vamos...
FERMINA. Y ¿ánde iré yo ahora?, ¿ánde iré yo ahora? (*Salen Fermina y Petra.*)

ESCENA IV

SEÑORA, SEÑORITA 1.^a y SEÑORITA 2.^a

SEÑORA. ¡Qué vida ésta!
SRTA. 1.^a Vaya, mamá, que tomas las cosas de una manera...
SEÑORA. Hija mía, ¿qué sabemos nadie lo que puede ser de nosotros?
SRTA. 2.^a Lo peor es que ahora no vas a decidirte a tomar otra muchacha.
SEÑORA. Sí, hijas mías, por no oíros. Ya le he dicho a la Petra que dé el encargo.

ESCENA V

DICHAS y PETRA

PETRA. Ya se ha ido, señora. En medio de todo me da mucha lástima. Yo creo que es una pobre mujer. La hija y el hombre que vive con ella son los que deben de tener la culpa; el hombre debe de ser un holgazán y un sinvergüenza, por lo que ella se ha dejado decir... Deben tenerla sacrificada.
SEÑORA. Es posible; pero no es razón para que una lo pague. ¿Qué sabemos adónde hubieran llegado las cosas? ¿Has dado el encargo de que nos manden otra muchacha?
PETRA. Sí, señora; ya me han dado razón de una de mucha confianza; pero no saben si ya se habrá acomodado.
SEÑORA. No será cosa del de la tienda. No volveré a fiarme de él para nada.
PETRA. No, señora; ésta es conocida de la portera del 32, que es una buena mujer, y esta muchacha ha servido en el segundo de la casa y no salió por nada malo; fué que tuvo un disgusto con el ama que

estaba criando a un niño, y, ya se ve, como el ama estaba criando al niño, pues no podían despedirla, y se despidió esta muchacha, que los señores lo sintieron mucho, porque dice que estaban contentísimos con ella.

SEÑORA. Pues nada, si no se ha acomodado, que venga. Y tú no nos descuides el almuerzo; a ver si se te ha olvidado lo poco que sabías.

PETRA. Yo creo que no, señora... El señor. *(Sale Petra.)*

ESCENA VI

DICHAS y el SEÑOR

SEÑOR. ¿Almorzaremos pronto? Tengo mucha prisa.

SEÑORA. Pues no lo sé, porque estamos sólo con la Petra. La Fermina se ha despedido, mejor dicho, he tenido que despedirla.

SEÑOR. ¡Vaya por Dios!...

SEÑORA. No cabe duda que el alfiler se lo ha llevado ella.

SEÑOR. ¿El alfiler? Se me olvidó decíroslo esta mañana antes de irme a la oficina... El alfiler ha parecido...

TODAS. ¿Eh?...

SEÑOR. Aquí está.

SEÑORA. Te lo habrías dejado en cualquier parte... Eres tan distraído...

SEÑOR. Pues no sé... Me lo he encontrado prendido en la solapa de la americana que me quité y que había guardado en el ropero. Yo no sé si al quitármelo de la corbata, por que no se perdiera, lo prendería yo mismo, y después no volví a acordarme..., o si, en efecto, la muchacha lo habría cogido, y después, por miedo o por vergüenza, no se le ha ocurrido otra cosa que dejarlo allí...; como el ropero está siempre abierto... Yo, la verdad, no aseguraría una cosa ni otra...

SRTA. 1.^a Ha sido ella. ¿Qué duda cabe? Si hubieras sido tú, te acordarías.

SEÑOR. Yo, la verdad, no recuerdo que se me haya ocurrido nunca prenderme el alfiler en la solapa de la americana... Puede que el otro día, sin darme cuenta... Yo me acordaré..., recapacitando...

SEÑORA. Lo principal es que haya parecido. De todos modos, había que despedir a esa mujer... Y después de lo que hemos averiguado... Así arramblaba con todo... y era un sisar sin tino... Figúrate: tiene una hija, una hija que vive con un hombre... Y a casa de la hija iría a parar todo... Y el alfiler porque no se ha atrevido, al verse descubierta, y que no se podía sospechar de nadie más que de ella...

SEÑOR. Mira, ahora que recuerdo..., recapacitando todo lo que hice..., el alfiler, no...; fui yo, sí; me acuerdo que iba a dejarlo prendido en la corbata, y luego vi que la corbata estaba muy rozada, y fui a buscar otra, y dejé prendido el alfiler en la solapa de la americana, sin acordarme que también iba a ponerme otra americana... Sí; ahora me acuerdo perfectamente... Bien está que la hayas despedido si te sisaba y se llevaba todo lo que podía...; pero el alfiler, no; no ha sido ella. ¡Pobre mujer!... No estaría mal que la llamaras y se lo dijeras.

SEÑORA. No es cosa de dar explicaciones a una criada; encima se nos insolentaría.

SEÑOR. Eso sí.

SRTA. 1.^a Además de que tú mismo no estás seguro de que haya sido como dices. ¿A que no estás seguro?

SRTA. 2.^a Es que a ti no te gusta pensar mal de nadie.

SEÑOR. Puede que sea eso. Como seguro, no estoy muy seguro. Pero con tal de no ver a vuestra madre preocupada... Bueno, a ver si almorzamos, que tengo mucha prisa.

SRTA. 1.^a ¿Lo ves como no podemos estar sólo con una muchacha?

SEÑORA. ¡Ya!... Como vosotras no tenéis que lidiar con ellas... ¡Dichosas criadas!... ¡Dichoso servicio!...

SEÑOR. Pero, mujer, ya sabemos que es un problema; pero no es para que le concedas tanta importancia. (*Entra Petra.*)

PETRA. Cuando ustedes gusten; ya está el almuerzo.

SEÑOR. Vamos allá, vamos allá.



ACTO SEGUNDO

Habitación en una casa muy pobre.

ESCENA PRIMERA

FERMINA y CARMEN

- CARMEN. No trajine usted tanto, madre.
FERMINA. Si estaba todo que era un asco...
CARMEN. ¡Qué quiere usted..., yo no estoy para trabajar!
FERMINA. Ya lo veo. Hija, parece que te quitan la carne a pedazos. ¡Hija de mis entrañas!... ¿Y la niña?
CARMEN. Dormidita está.
FERMINA. ¡Angelón!... Yo no sé cómo puedes criarla.
CARMEN. Pues ya ve usted, se cría..., y muy hermosa.
FERMINA. Sí, se cría... ¡Como nada bueno la espera en este mundo!...
CARMEN. ¿Qué sabemos? Todo no ha de ser malo.
FERMINA. En que tú no puedas faltarla es lo que has de pensar... Que su padre..., ¡como no tuviera en el mundo más que a su padre!... Y yo..., ¿ánde estaré yo cuando ella sea una moza?
CARMEN. Más ha de vivir usted que yo, madre.
FERMINA. No lo querrá Dios, si aun tengo que pasar más de lo que tengo pasao..., que así será hasta que me muera. Tú eres la que tiés que cuidarte mucho, que da miedo de verte, hija. ¡Y qué!, ¿cuándo viene ese hombre? ¿No ha escrito nada? ¿No sabes de él?
CARMEN. Ya le dije a usted que había ido a buscar trabajo; que escribiría; que volvería pronto...

FERMINA. Qué escribiría..., que volvería pronto... Me parece a mí que tú me callas algo...

CARMEN. No, madre. ¿Qué le iba yo a callar a usted?

FERMINA. Me parece que ése se ha ido pa no volver..., o pa volver cuando no le quede otro remedio; pa vivir a tu costa. ¡Como si tú estuvieras pa trabajar y él no lo viera!... Ese siempre será lo que ha sido...: un sinvergüenza, un chulo... ¡En qué mala hora te fuiste a encaprichar!...

CARMEN. Usted sabe que antes no era así.

FERMINA. Siempre ha sido lo mismo. Di que a las mujeres nos ponen una venda elante los ojos..., y que yo no estaba contigo; que de estar yo a tu lado... Bueno, hija; yo voy a salir, a ver qué me dicen de esa casa de que me han hablado... Si no me acomodo en estos días... ¡no quiero pensarlo!... ¡Ay, qué vida! De camino traeré pa la cena. ¿Qué quées hija?

CARMEN. ¿Qué he de querer?

FERMINA. Es verdad. ¿Qué has de querer? Lo que se pueda, y gracias. ¡Pobres de los pobres! Con lo que sobraré en otras casas... Hasta luego, hija. Miá qué cara... Quien te ha visto como una rosa... No había penas pa mí, sólo con mirarte a la cara... Y ahora... Queda con Dios. *(Sale.)*

ESCENA II

CARMEN y después la SEÑAL JULIA

JULIA. ¿Hay permiso?

CARMEN. ¿Quién es?... ¡Ah!, la señá Julia...

JULIA. Servidora. Muy buenas tardes.

CARMEN. ¿Qué le trae a usted por aquí?... Por más que debo figurármelo... A nada bueno vendrá usted.

JULIA. Eso depende de la conformidad. Si a mal se toma, a malo vengo. La intención no es ésa.

CARMEN. Sí, que usted ha tenido siempre buenas intenciones conmigo...

JULIA. Si a intenciones fuéramos y sacamos a relucir historias, usted dirá quién es aquí la más agraviada. Yo de paz vengo; si usted quiere que riñamos...

CARMEN. ¿Pa qué hemos de reñir? Bueno está todo. Eso

era cuando a mí podía importarme de usted y de él; que hoy me importa menos que usted, que es importarme poco... Ya ve usted, con ser el padre de mi hija, a lo que habrá dao lugar pa que yo pueda decirlo así, muy alto, que no se me importa de él nada, que ya puede tirar por ande quiera..., con tal de no verle más ni saber más de él nunca...

JULIA. Sí; eso dice usted siempre, y hasta puede que usted se lo crea al decirlo; pero después bien va usted a llorarle y a llorarnos a todos pa que vuelva con usted a llevar la vida que han llevao ustedes desde que hizo usted todo lo que puede hacer una mujer pa ser la ruina de un hombre y su desgracia pa toda la vida.

CARMEN. Yo, ¿verdad? Parece mentira que usted diga eso, que nadie puede decirlo más que usted.

JULIA. Diga usted si no tengo razón. Una criatura que podía estar como un rey, sin faltarle nada...

CARMEN. Con usted, ¿verdad? Sin faltarle nada más que la vergüenza a él y a usted en todo caso, y más que a usted a su marido, que si hubiea tenido vergüenza ha debido matarles a ustedes, a usted sobre todo...

JULIA. Deje usted en paz a los muertos, señora; y de los que vivimos no hable usted por lo que a usted y a su madre se les haya puesto a ustedes en la cabeza el creerse; que ustedes, y nada más que ustedes, son las que lo han ido propalando.

CARMEN. Nosotras, ¿verdad? Si no lo dice nadie más que nosotras; si no lo cree nadie; si no lo ha visto todo el mundo... Bueno, en resumidas cuentas, ¿a qué ha venido usted? A decirme que Ricardo está en su casa de usted, ¿no es eso?

JULIA. Ande se ha criado, de ande no debió salir nunca.

CARMEN. Eso sí. ¡Ojalá y nunca hubiera salido, que no me vería yo como me veo!...

JULIA. Sí, que usted ha sido la única perdidosa... Y él, ¿qué ha hecho usted de él? Un muchacho honrado y trabajador como era él, y limpio y curioso que daba gloria de verle... Y ahora, un vago, un desastrao, que paece que tiene cincuenta años...

CARMEN. Así no será tanta la risión cuando vayan ustedes de bracero.

JULIA. Las veces que nos habrá visto así nadie... Ricardo, todo el mundo lo sabe, ha sido en mi casa

como un hijo; ¿se entera usted? Mi marido y yo le recogimos de chiquito... ¿Usted cree que si a mí se me hubiea importao de él como usted se figura iba a ver salido de mi casa por una mujer como usted? Por mí, él lo sabe, ni aconsejarle, pa que nadie tuviea que decir la menor cosa... Sentirlo, sí, porque ya sabía yo lo que tenía que sucederle... Y si no hubiea sido por una, usted sabe si muchos días se hubiea comido en esta casa...

CARMEN. ¿Por usted? Antes me hubiea yo dejao morir de hambre que llevarme a la boca un pedazo de pan que yo hubiea sabido que por usted entraba en esta casa.

JULIA. Pues no lo habrá usted sabido o no habrá querido saberlo... ¿Usted se cree que en todo el invierno ha trabajao Ricardo un solo día?...

CARMEN. El decía que sí.

JULIA. Y usted se lo ha creído. El jornal no faltaba nunca, claro está, y llegaba pa todo. No era mal jornal. Ahí tié usted. Si no tié usted nada que agradecerme...

CARMEN. Pa morirse una de vergüenza.

JULIA. No se ponga usted así. No es que yo lo eche en cara. Eso es pa que usted vea, y como usted su madre, que si fuera lo que ustedes han dao en figurarse, de dónde iba yo a haber tenido la santa cachaza de favorecerles a ustedes en lo que yo podía pa que no llegara este caso, que si ahora ha llegao no ha sido por mi culpa; es que él ya está harto, que no puede más; ¿usted se entera? Y así ha venido a decírmelo. Y aunque usted no lo crea, yo he sido la primera en decirle que siempre tendrá la obligación de ayudarla a usted y de mantener a su hija... Y a eso vengo, y de paso a que me dé usted la ropa que se ha dejao y los papeles; y si no ha venido él en persona, como yo le he dicho que debía venir, ha sido por que no tengan ustedes un disgusto. Ahora, si usted quiere tenerlo conmigo, yo, sin oírle a usted más palabra, por donde he entrao salgo, y allá ustedes.

CARMEN. Pues dígale usted, y sépalo usted también, que yo no quiero nada, ni necesito nada, ni de él ni de usted, aunque me muera de hambre, y mi hija también; que más vale morirse de hambre que de vergüenza.

- JULIA. ¡A qué hora va usted a acordarse de la ver-
güenza!...
- CARMEN. Más que usted, siempre; que yo no he engañao
a nadie, como usted a su marido.
- JULIA. No tome usted en boca a mi marido, señora...
Y vamos a dejarlo. ¿Me da usted la ropa y los
papeles?
- CARMEN. Que venga él, si quiere...
- JULIA. ¿Lo ve usted?... Que venga, pa engatusarle una
vez más...
- CARMEN. Pa que me oiga todo lo que tengo que decirle.
- JULIA. Y oír usted otro tanto... Bien está; yo me tengo
la culpa... ¡Con Dios, señora! (*Entra Fermina.*)

ESCENA III

DICHAS Y FERMINA

- FERMINA. La señá Julia...
- JULIA. Ya me iba y ya me voy. Ahí tié usted a su hija,
que ya podía usted aconsejarla con más juicio...
- FERMINA. ¿A qué ha venido usted? ¿Qué ha traído aquí
esta mujer, que te veo llorando?
- JULIA. No tengo que darle a usted explicaciones...
¡Queden con Dios! (*Sale.*)

ESCENA IV

FERMINA y CARMEN

- FERMINA. Ya sabía yo que tú me callabas algo. Ni Ricar-
do estaba de viaje, ni ese es el camino. Ricardo
te ha dejao; Ricardo ha vuelto con esa mujer. No
podía ser otra cosa. Ahora se ha quedao viuda;
ya está libre pa casarse con él o vivir como quie-
ran. Ella tié dinero, tié la tienda que le ha dejao
su marido. Y Ricardo..., ya sabes..., ya debes de
conocerle...
- CARMEN. Pues eso no; eso no pué ser. Elante esa mujer
he disimulao y he dicho que nada me importa-
ba...; pero no se lo lleva; eso no. No me deja a mí
y a su hija así como así, como si nada significá-

ramos pa él en el mundo... Antes lo mato; ése se acuerda de mí...; lo mato.

FERMINA. Calla, hija; no digas locuras. Lo mejor que puedes hacer es dejarlo.

CARMEN. ¿Dejarlo? Pa que se rían de mí, ¿verdad? ¡Dejarlo!... ¿Y qué será de mi hija?... ¿Y si yo me muero?... ¡No quiero pensarlo!... ¿Qué será de mi hija?... Y yo me muero pronto, madre; yo estoy muy mala; nadie sabe lo mala que yo estoy; si no puedo tirar de mi cuerpo...

FERMINA. Y con todo esto te acabarás antes. ¡Válgame Dios! Pensar en ti, en ti nada más y en tu hija; eso es lo que tiés que mirar, y cuidarte mucho y ponerte buena, que yo trabajaré, yo... ¿Yo?... ¡Pobre de mí! ¡Sí que estoy yo buena pa dar ánimos a nadie!... La casa de que me tenían hablao fuí a preguntar... Que ya habían tomao otra criada. Después he sabido que no era verdad. Es que habrán ido a tomar informes, que se habrán enterao... ¡Y siempre así! ¿Ande me acomodo yo ahora? Y cada día me costará más. De otra casa me han hablao; pero ¡qué casa!... Claro, en ésa no reparan; no es gente pa reparar. Y yo tampoco debía de reparar; pero aún le da a una vergüenza de muchas cosas... Pero ¿qué otro remedio tendré? Mira, esto es todo lo que me queda...; y he salido tachá de ladrona...

CARMEN. La semana que entra ya podré volver al taller.

FERMINA. Sí que estás tú pa trabajar... Voy a ir arreglando la cena.

CARMEN. Pero... ¿qué ha traído usted, madre? ¿Pa qué tanta cosa?

FERMINA. ¿Pa quién ha de ser? Pa ti, hija de mis entrañas. Pa mí, con un mendrugo de pan tendría bastante. *(Sale.)*

ESCENA V

CARMEN y a poco RICARDO

RICARDO. ¡Hola!

CARMEN. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Te has atrevido a venir? ¿Te han dicho que vinieras? No andarías muy lejos; te habías quedao a la puerta esperando... Podíais haber subido juntos; ya que más da.

RICARDO. No has querido dar la ropa, mis papeles, que los necesito.

CARMEN. Pa la boda...

RICARDO. Que no se te quite de la cabeza... Pero ¿de ánde habéis sacao tú y tu madre que haya tenido yo nunca que ver con la señá Julia, que ha sido pa mí una madre..., una madre, te digo.

CARMEN. Pa que sea mayor la desvergüenza. Pero si lo sabe todo el mundo; si yo he sido la última en saberlo y en poderlo creer...; y ¿es verdad lo que me ha dicho? Que todo este tiempo tú no has trabajao; que hemos estao viviendo a costa de ella...; que hasta esa vergüenza tenía yo que pasar.

RICARDO. Eso te probaría, en todo caso, que no hay nada de lo que te figuras.

CARMEN. Sí, eso dice ella también. Pero, entonces, ¿por qué te vas ahora con ella? ¿Por qué dejas a tu hija? Que de mí, no te digo nada; que ya sé lo que yo te importo. Pero ¡tu hija!... ¿Es que vas a abandonarla pa siempre? ¿Y cuándo yo la falte..., que será muy pronto? ¿No ves cómo estoy?

RICARDO. Pero tú dirás. ¿Cómo vamos a vivir? ¿Cómo quiés que vivamos?... Si yo no quiero que a ti te falte nada, y a tu hija, menos.

CARMEN. Y pa que no nos falte nada tiés que irte a vivir con esa mujer; y ¿crees tú que yo puedo admitir nada que venga de esa parte?

RICARDO. Pues tú dirás cómo vivimos, cómo se vive...

CARMEN. ¡Cómo se vive, cómo se vive! ¡Maldita vida!

RICARDO. Yo he buscao trabajo, tú lo sabes.

CARMEN. Tú lo has dicho.

RICARDO. Tu madre no puede ayudarnos... No querrá, que ahora debe tener dinero...

CARMEN. Bastante ha hecho mi madre por mí, por nosotros.

RICARDO. A mí me han prometido una colocación pa el mes que viene... Pero mientras..., ¿tú crees que yo no estaría contigo? Si yo no quiero ni puedo querer más que a ti; no te figures otra cosa. Pero... ¿cómo vivimos, cómo vivimos?

CARMEN. Yo puedo trabajar como antes; es poco el jornal; pero si dices que al mes que viene estarás colcao... Un mes pronto se pasa.

RICARDO. Es que yo necesitaba ahora algún dinero. Mira cómo ando; es una vergüenza. ¿Ande se presenta uno así? Si tu madre quisiera ayudarnos...

- CARMEN. Pero si yo no creo que mi madre tenga dinero...
RICARDO. ¡Vamos! Yo sé por qué ha salido de la casa.
CARMEN. ¡Eso no es verdad!
RICARDO. ¿Qué va a decirte ella? A mí ya sé que no me quiere ni me puede ver... Pero si tú le hablas... Si yo no quiero dejarte. ¿Ande voy a estar yo mejor que contigo?
CARMEN. Engañar, ya sabes.
RICARDO. Sé quererte. Di que las hemos pasao muy negras... Aquí está tu madre.

ESCENA VI

DICHOS y FERMINA

- RICARDO. ¿Cómo está usted?
FERMINA. ¿Has parecido ya? Yo creí que te habías ido pa no volver.
RICARDO. No sé por qué había usted de creérselo. Por mi gusto estaría aquí siempre; Carmen lo sabe.
FERMINA. Sí, ya lo sabemos todo.
RICARDO. Usted es la que parece que desea que yo no volviera nunca.
FERMINA. Pa lo que vienes... ¿Estás ya colocao?
RICARDO. Pa el mes que viene... Lo malo es hasta entonces...
FERMINA. Sí, hasta entonces tiés que irte allí a comer y a holgar... Hasta que te echen otra vez, y entonces vuelta aquí, a vivir a costa de esta pobre, que trabajará pa ti aunque se esté muriendo.
RICARDO. No me diga usted eso. ¿Ves tu madre?
CARMEN. No le diga usted nada, madre.
FERMINA. Está bien. Sólo con verle ya se te ha olvidao todo. Allá tú.
CARMEN. ¡Madre!... Si usted pudiera hacer algo por nosotros...
FERMINA. ¿Y qué puedo yo hacer? ¿Qué quieres tú que haga más de lo que ya tengo hecho?... Ya sabes todo lo que tengo...
RICARDO. Vamos, señá Fermina, que ahora bien sabemos que no es así.
FERMINA. ¿Qué dices tú? ¿Qué te has creído de mí? Pero ¿oyes esto? ¿Y tú le consientes que lo diga?... A la cuenta cree que todo es verdad, que yo soy

una ladrona, y sobre ladrona que lo he robao pa mí, pa guardármelo yo, que sería ser dos veces ladrona... Y a eso has venido, a ver si yo tenía dinero... Ahí está todo lo que tengo; vuestro es, yo nada necesito... Eso es todo lo que yo he robao. ¿Tú te callas? Parece que sientes que no sea verdad... ¡Todo por este hombre! ¡Tu madre, qué importa!... Este hombre es pa ti antes que todo.

CARMEN. ¡Calle usted, madre, calle usted!, que usted tié la culpa de más de cuatro cosas que a mí me pasan.

FERMINA. ¡Ah! ¿Yo tengo la culpa? Es todo lo que tenía que oírte. Yo tengo la culpa porque no lo robo pa ti, pa que tú puedas tener a este hombre contigo. Es eso lo que tú quisieras, ¿verdad? Pero ¿es que no le conoces todavía?...

RICARDO. ¿No quíe usted callar, señora? Yo no necesito de usted pa nada... Usted quiere que yo deje a su hija; dejada está; pero luego que no me venga llorando.

CARMEN. ¿Lo ve usted? Se va, me deja.

RICARDO. Tú verás. ¿Qué puedo yo hacer? Tu madre me insulta.

CARMEN. ¡No te vayas! ¡Dígale usted que no se vaya, madre!

FERMINA. ¿Quiés que se lo pida de rodillas? ¿Que me arrastre elante de él?... Ya lo oyes, no te vayas; yo trabajaré pa que tú no la dejes; lo robaré, si hace falta... Ya creéis vosotros que lo he robao... Lo cree mi hija... Y hace bien en creerlo; que ella sabe todo lo que yo he hecho por ella..., y así lo agradece; lo que yo no hubiera hecho nunca por mí, que las manos me hubiera abrasao antes, y como era pa ella, me parecía que no hacía nada malo... Pero no era bastante todavía; todavía quieres que yo sea ladrona del todo... Y tendré que serlo pa no tener que escuchar a mi hija que yo tengo la culpa de su desgracia.

CARMEN. ¡Si no me hubiera usted traído a este mundo!...

FERMINA. Eso, eso; si no te hubiá traído a este mundo... Tiés razón pa decírmelo... Pero no me lo dirías si yo hubiera sido como otras, si te hubiá dejao morir o te hubiá echao a una Inelusa... Como no he vivido más que pa ti, como no tengo pasao todo lo que tengo pasao más que por ti, ahora

puedes decirme eso: que por qué te he traído a este mundo... Tiés razón, tiés razón. ¿Pa qué me trajeron a mí y pa qué vivo yo?

CARMEN. No se ponga usted así, madre; no quíá usted volverme loca.

FERMINA. Dime tú si pué haber mayor tormento que éste, cuando una ha hecho todo lo que podía hacer por su hija, cuando una ha vivido sacrificá por ella, nada más que por ella... Pa oírla decir a la postre: Usted tié la culpa de todo por haberme traído al mundo... Pero ¿tú crees que pué haber mayor castigo que éste? Mira que tú también tiés una hija, mira que tú también la has traído a este mundo... Mejor es que se te muera, mejor es que la dejes en medio del arroyo, si algún día tiés que oírla lo que he tenido que oírte... ¡No quiero que Dios te castigue! ¡No quiero que Dios te castigue!

CARMEN. ¡Madre, madre, perdóneme usted, perdóneme usted! ¡Ay!

RICARDO. ¿Qué le pasa?

FERMINA. ¡Carmen, hija mía! ¿Qué es esto? ¡Se me muere! ¡Llama, que vengan! (*Sale Ricardo.*) ¡Hija de mi alma!... ¿No tengo de perdonarte? ¡Mírame, óyeme!... ¡Soy tu madre! Dime lo que quieras, todo lo que quieras... Aquí está Ricardo, y tu hija, miá tu hija... ¡Hija de mis entrañas! ¡Virgen Santísima, que no se me muera!... ¡No puede morirsemé! ¿Pa verla morir habré yo vivido como he vivido?... Si tiés razón, si tiés razón. ¿Pa qué te habré yo traído a este mundo? ¿Pa qué te habré yo traído a este mundo?

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

VECINA 1.^a y VECINA 2.^a, sentadas. Entran VECINA 3.^a y VECINA 4.^a

- VECINA 4.^a Buenas tardes tengan ustedes.
VECINA 2.^a Muy buenas tardes.
VECINA 1.^a Ya están aquí estas mujerotas.
VECINA 2.^a Calle usted... Bien mirado, no son más que unas desgraciadas.
VECINA 1.^a Pero no es cosa de que tenga una que tratar con ellas.
VECINA 2.^a Déjese usted... Ca uno es ca uno.
VECINA 4.^a ¿Cómo está?
VECINA 2.^a Muy malita; acabando. Su madre no se separa de ella. Cinco días con sus cinco noches lleva sin desnudarse y sin tomar más que unos caldos que le hemos hecho tomar casi a la fuerza. Yo no sé cómo resiste... ¡Lo que no hace una madre!...
- VECINA 4.^a ¿Podemos entrar?
VECINA 2.^a Como ustedes quieran.
VECINA 4.^a ¿Entramos?...
- VECINA 3.^a Entraremos. Nada pué hacer una, pero que vean la voluntad. (*Entran las Vecinas 3.^a y 4.^a*)
VECINA 1.^a Me parece que llora la niña... Voy a ver... (*Entra en otra habitación y a poco vuelve a salir.*)
VECINA 2.^a Tendrá hambre. ¡Pobre criatura! ¿Qué será de ella sin su madre?
VECINA 1.^a No, no llora... Está muy quietecita... y se ríe... (*Vuelven las Vecinas 3.^a y 4.^a*)

- VECINA 4.^a ¡Qué pená da!
- VECINA 3.^a Ya no conoce a nadie. Tié cogidas las manos de su madre y no hace más que mirarla con los ojos muy fijos. ¡Qué ojos! Pa tenerlos clavaos su madre pa siempre mientras viva.
- VECINA 4.^a Y quién pudiera morirse así, junto a la madre de una... Que una... ¡Dios sabe a quién podrá una tener a su lao..., si es que tié una a alguien!
- VECINA 3.^a En un santo hospital o en mitá la calle.

ESCENA II

DICHAS y el MÉDICO

- VECINA 2.^a Aquí está el Médico... Muy buenas tardes, señor.
- MÉDICO. Buenas tardes. ¿Hay novedad?
- VECINA 1.^a Ninguna. Entre usted; su madre está con ella.
- MÉDICO. Vamos a ver. (*Entra.*)
- VECINA 4.^a Parece un buen señor este médico.
- VECINA 1.^a Yo tengo tan poca fe en ningún médico...
- VECINA 3.^a Este es muy bueno. Cuando yo estuve con la pulmonía, si no hubiera sido por él... Ya me daban por muerta. (*Salen Fermína y el Médico.*)
- FERMINA. ¿Cómo la encuentra usted?
- MÉDICO. ¿Qué voy a decirle? Ya lo sabe usted. No puede hacerse nada.
- FERMINA. ¡Se me muere! ¡Bendito Dios! ¡Bendito Dios!
- MÉDICO. Vamos, mujer, si ya es lo mejor...
- FERMINA. Pero no puede una conformarse; no hay conformidad. Con lo que yo tengo pasao por esta hija..., pa verla morirse así... Y esa criatura que deja en el mundo...
- MÉDICO. Vamos, mujer... Aun volveré esta noche. Hasta luego. Buenas tardes.
- VECINA 3.^a Señor doctor, ya no se acuerda usted...
- MÉDICO. ¡Hola! ¿Qué hacéis aquí vosotras, mocitas?
- VECINA 3.^a Ya lo ve usted; por si sirve una de algo.
- MÉDICO. Está bien. Te veo muy buena.
- VECINA 3.^a Sí, señor; gracias a Dios y a usted.
- MÉDICO. Quedad con Dios.
- VECINA 1.^a Muy buenas tardes, señor doctor.
- FERMINA. Y muchas gracias, señor, muchas gracias, que es usted muy bueno.

- MÉDICO. ¡Bah! Hasta la noche. (*Sale.*)
- FERMINA. ¿Y la niña? No quisiera verla.
- VECINA 2.^a Nosotras cuidamos de ella. No le pasa nada.
- FERMINA. ¿Qué será de esa criatura?
- VECINA 4.^a Usted tié que vivir pa ella.
- FERMINA. ¿Y qué puedo yo vivir? ¿Y de qué puedo yo servirla? Si no la he servido yo a mi hija... ¡Y ese hombre, ese mal hombre, que sabe que se está muriendo y no es pa venir a verla!... ¡Y es él quien la ha matao, ha sido él!...
- VECINA 3.^a No se atormente usted, Fermina; no piense usted ya en nada. Nada tié remedio, más que el que usted ponga. En su hija ya no tié usted que pensar. Al fin ella se quita de todo lo de este mundo, y descansará la pobre, que bien tié pasao con su enfermedad... Y usted, ya lo sabe, viene usted a nuestra casa; allí puede usted tener a la niña; en otra parte no se lo consentirían; pero allí todas seremos a cuidarla y todas seremos a quererla... Ya verá usted... ¿Y ánde iba usted a dejarla si no, y cómo iba usted a pagar a cualquiera que quiera usted dejársela?...
- FERMINA. Sí, sí; allá iremos...; trabajar, en ninguna parte es deshonra... Allá iremos y será la única parte en que haya caridá pa mí y pa esa criatura... Voy con mi hija; aunque ya nada siente, aunque ya ni me ve tan siquiera, no quiero dejarla... hasta lo último. (*Entra.*)
- VECINA 2.^a Hay que desengañarse; no hay como una madre en el mundo.
- VECINA 3.^a Cuando es una buena madre; que hay otras...
- VECINA 4.^a Yo no me acuerdo de la mía. Se murió siendo yo una chiquilla.
- VECINA 3.^a Yo de la mía sí me acuerdo... Más valía no acordarme.

ESCENA III

DICHAS y la SEÑÁ JULIA, muy desmejorada y mal vestida.

- VECINA 1.^a ¿A quién busca usted, señora?
- JULIA. ¿Está la Fermina?
- VECINA 1.^a Sí, señora; con su hija está.
- JULIA. ¿Cómo sigue?

- VECINA 2.^a Muy malita; acabando.
JULIA. ¡Pobre! ¿Podría ver a la Fermina? Tengo que hablarla dos palabras.
- VECINA 2.^a ¿Su gracia de usted?
JULIA. Dígala usted que está aquí la señá Julia...; que no viene a nada malo; dígaselo usted.
- VECINA 2.^a ¡Fermina!... (*Entra.*)
VECINA 1.^a Tome usted asiento.
JULIA. Gracias.
- VECINA 4.^a Esta es la que vivía con el hombre... ¡Poca vergüenza!... A sus años...
VECINA 3.^a Sí, ya la conozco. (*Salen Fermina y la Vecina 2.^a*)
- JULIA. ¡Fermina!... ¿Cómo está su hija?
FERMINA. ¿Qué le importa a usted, y a qué tenía usted que haber venido? ¿Es que todavía quería usted atormentarla?
- JULIA. No me hable usted así. He venido pa que sepa usted que Ricardo no está en mi casa... Como usted le ha mandao llamar, no quería yo que ustedes se creyesen que era yo la que no le dejaba venir. Por mí ya estaría aquí. Pero, ya digo, Ricardo no está en mi casa; dos meses hace que se fué con una del teatro... después de haber arruinao mi casa, que me lo han embargao todo y no sé cómo podré salir adelante, ni lo que será de mí... Ahí tié usted...
- FERMINA. Si tenía que ser... Ande vaya ese mal hombre...
JULIA. Dígaselo usted a su hija; que lo sepa, que es otra desgraciada como yo, como todas las mujeres...
- FERMINA. ¡Mi hija! A mi hija ya no le importa nada de este mundo, que está más cerca del otro. ¡La hija de mi vida!
- JULIA. ¿No tié remedio?
FERMINA. No, señora. Ahora parece más tranquila; se ha quedao dormida... Por eso me he atrevido a dejarla.
- VECINA 3.^a ¿Se ha dormido? Pué que eso la mejore... y ¿quién sabe todavía?
FERMINA. No, no tié remedio.
JULIA. ¡Lo que habrá usted pasao, Fermina! No se crea usted que no me tengo acordao de ustedes... No me guarden rencor...
- FERMINA. Está usted perdonada de todo... Ese hombre es el que no tié perdón de Dios..., con una hija...

Aunque no hubiera mirao más que a su hija... Espere usted... Me parece que he oído... Voy a ver...
(*Entra.*)

VECINA 2.^a A la madre es a quien hay que tenerla lástima:
FERMINA. (*Dentro.*) ¡Hija! ¡Hija mía! ¡Mi Carmen! ¿No me oyes? ¿Qué tiés? ¡Hija! ¡Hija! ¡Se me ha muerto! ¡Se me ha muerto!

VECINA 2.^a ¿Oyen ustedes?...

VECINA 1.^a Vamos, Fermina... (*Entran las Vecinas 1.^a y 2.^a*)

VECINA 3.^a Yo no tengo valor para entrar.

VECINA 4.^a Yo tampoco... Eso es que se ha muerto... ¡Dios la haiga perdonao! (*Las Vecinas 1.^a y 2.^a traen a Fermina casi a rastras.*)

VECINA 2.^a Vamos, Fermina...

FERMINA. ¡Déjenme, déjenme con ella! No quiero apartarme de su lado... ¡Y yo que creí que estaba dormida, y estaba muerta!... ¡Hija de mis entrañas! ¿Pa qué quiero yo vivir? ¡Llévame con ella, Dios mío; llévame con ella! ¡Déjenme, déjenme! ¡Si me parece mentira! ¡Si sabía que tenía que ser y no puedo creerlo!...

JULIA. ¡Fermina!... (*La Vecina 3.^a ha entrado por la niña y la deja en brazos de Fermina.*)

VECINA 3.^a Vamos, Fermina... Mire usted... Es su hija... Esta criatura, que no le queda nadie más que usted en el mundo... Tié usted que pensar en ella..., y por ella tié usted que vivir...

FERMINA. ¡Tengo que vivir! ¡Tengo que vivir!... Vuelta a empezar; como si ya no fuera bastante, que no acabará una nunca... ¡Esta hija, esta hija! A pasar por ella lo mismo que tengo pasao por su madre... Pa que algún día pueda decirme también, como me dijo esa hija mía, que no lo olvidaré nunca: ¿Pa qué me ha traído usted a este mundo?... Y ésta también puede que lo diga algún día... ¿Pa qué me habrán traído a este mundo!... ¿Pa qué me habrán traído a este mundo!...

TELÓN



CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

- El nido ajeno*, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.

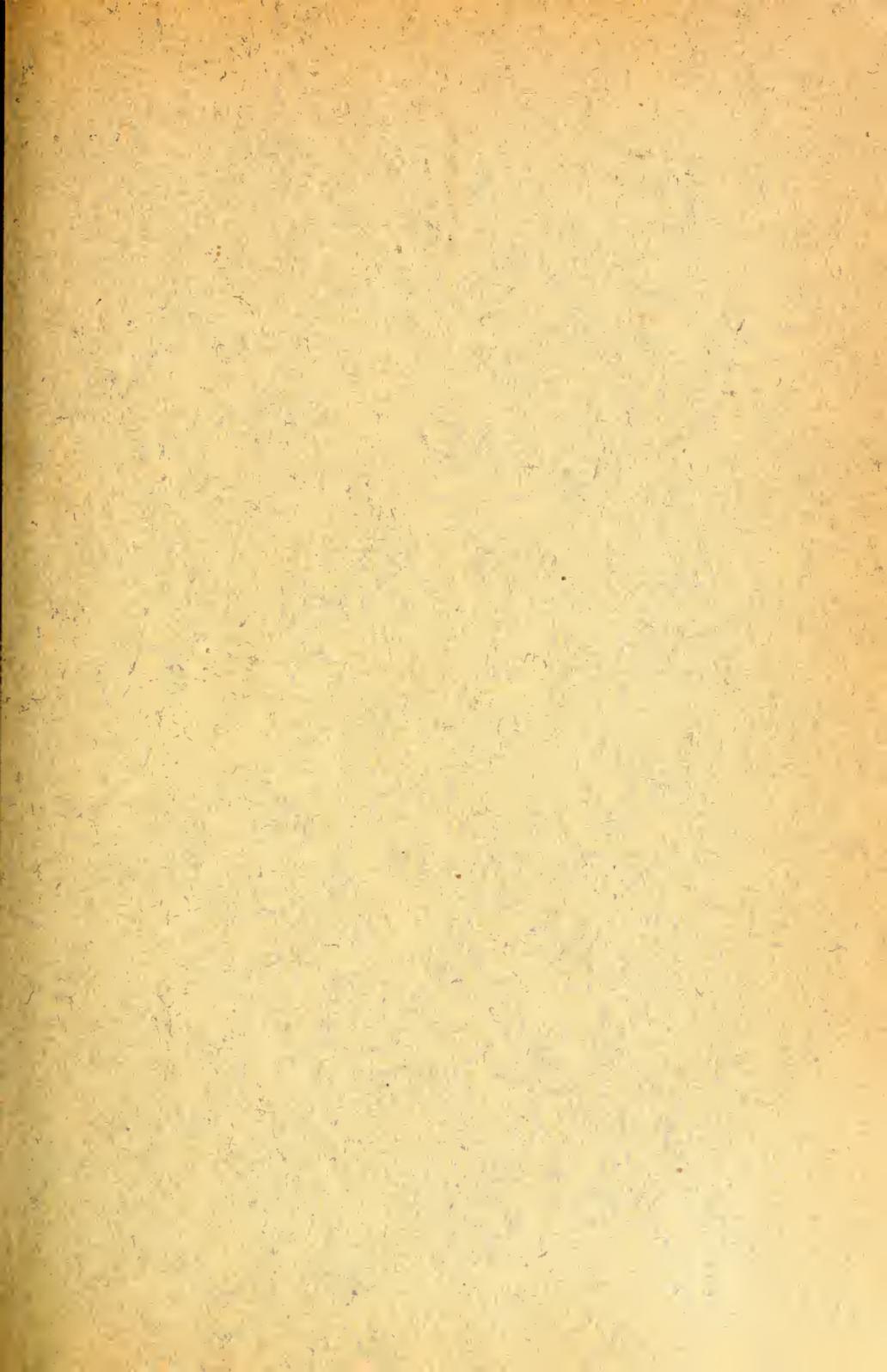
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, idem id.
La princesa Bébé, comedia en cuatro actos.
«*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El Nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)

- La Ciudad alegre y confiada*, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados*.)
- De pequeñas causas*, boceto de comedia en un acto.
- El mal que nos hacen*, comedia en tres actos.
- De cerca*, comedia en un acto.
- Los Cachorros*, comedia en tres actos.
- Mefistófela*, comedia-opereta en tres actos.
- La Inmaculada de los Dolores*, novela escénica en cinco cuadros.
- La ley de los hijos*, comedia en tres actos.
- Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, drama en tres actos.
- La Vestal de Occidente*, drama en cuatro actos.
- La honra de los hombres*, comedia en dos actos.
- El Audaz*, adaptación escénica en cinco actos.
- La Cenicienta*, comedia de magia en tres actos y un prólogo
- Una señora*, novela escénica en tres actos.
- Una pobre mujer*, drama en tres actos.

ZARZUELAS

- Teatro feminista*, un acto, música de Barbero.
- Viaje de instrucción*, un acto, música de Vives.
- La Sobresaliente*, un acto, música de Chapi.
- La copa encantada*, un acto, música de Lleó.
- Todos somos unos*, un acto, música de Lleó.
-





PRECIO 250 PESETAS

Precio : PRECIO 250 PESETAS pesetas